

EL HUMOR EN LA TRANSICIÓN

MANUEL VICENT



Si se ve el franquismo como un rinoceronte, puede decirse que la transición política comenzó en aquellas vísperas de Navidad, días de amor y lotería, cuando el rinoceronte fue herido simbólicamente con la muerte de Carrero Blanco e inició una huida hacia adelante con la bala dentro por toda la jungla, llena de trampas saduceas. La jungla era el espíritu de febrero de Arias Navarro, el plurimorfismo con camisa blanca de Torcuato Fernández Miranda y el incesto de Fraga con el orden en plena calle. Parece que han pasado cien años.

Entonces los humoristas comían angulas en el mejor sentido de la palabra, es decir, comían angulas de verdad, al amparo del último plan de desarrollo. Y además tenían en el palacio del Pardo una fuente de inspiración, un objetivo obvio, innombrable, intocable, que creaba alrededor una trama de guiños, elipsis y contraseñas por donde los humoristas se movían en el filo de la navaja con un pie en la gloria y el otro en el juzgado de guardia. La ambigüedad, la ambivalencia, la sugerencia es la carne misma del arte. En aquel tiempo el fascismo había adoptado ya un talante paternalista y se dejaba hacer cosquillas en el golondrino. Y por otra parte el lector era virgen y progresista. La cosa era bien fácil. Bastaba una alusión a la libertad, un chiste de confesionario o una suave puya a aquel baile de obreros del 1 de mayo, como marionetas colgadas de la dentadura de Solís para que el lector, en plena complicidad, le diera con el codo al amigo de la oficina o al compañero de clase y ambos sintieran el temblor de los fundamentos del antiguo régimen. La última fase de un dogma siempre es la risa. Los estertores del franquismo dogmático fueron acompañados por un coro de humoristas desalmados, que celebraron aquel final de fiesta comiendo angulas.

En aquellos años la revista «Hermano Lobo» inauguró un nuevo lenguaje.

Por primera vez la literatura de humor no tenía la intención de hacer gracia ni de mover la risa, sino que desde una atmósfera ácrata partía de un supuesto irónico y sarcástico de la

realidad. La revista *Hermano Lobo* estableció un nuevo diseño en los chistes. Los cinco grandes de entonces, Chumy Chúmez, Forges, Perich, Summers y Ops, aquel quinteto de lanceros bengalíes subvirtieron el asfalto con sus dibujos. Cada uno por separado seguía siendo el mismo. Chumy trabajaba un expresionismo brutal de banqueros, cortijeros, capitalistas con hijos ácratas y tierras de alta sociedad. Forges captaba la lengua hablada de la nueva generación, levantaba un mundillo de contribuyentes con paraguas, montaba un zoológico de funcionarios bordes. Perich latigaba sarcásticamente a los políticos residuales. Summers hacía de niño malo destrozando juguetes, elaboraba curas con confesionario y dialogaba con parálisis. Ops dibujaba visiones macabras como expresión de un surrealismo que estaba en la calle y en los despachos. Por separado cada humorista tenía su personalidad, pero los cinco juntos formalizaron un salto cualitativo, se convirtieron en una escuela que atrapó la realidad en sus cinco dimensiones.

De una escisión de «Hermano Lobo» nació en Barcelona la revista «Por Favor», donde se incorporó el dibujante Máximo y algunos escritores catalanes. Fue un preparado más politizado e intelectual, menos literario, que percutía en el mismo punto de acidez mientras las instituciones del franquismo se caían a pedazos. Pero el año de gracia de 1975 la naturaleza imitó al arte y en este caso concreto lo superó. El entorno de la muerte de Franco, el ritual patético y surrealista que la rodeó, los acontecimientos políticos y sociales, con la historia ya des-

bridada, que se sucedieron con aquel vértigo después, dejaron a los humoristas totalmente desbordados. A partir de entonces la política en sí misma cogió su protagonismo, de modo que los dibujantes y literatos graciosos estaban de sobra. Desde ese momento los cronistas más serios fueron los verdaderos humoristas.

Llegó la democracia. El parlamento se convirtió en otra fuente de inspiración. Y comenzó a funcionar la trampa consiguiente, un nuevo cepto saduceo. Si el cronista tomaba en serio las instituciones democráticas y adoptaba frente a ellas una gravedad de pavo podía parecer que defendía a toda costa enjuagues, chanchullos, cobardías, indecisiones, consensos, impericias y otras palabrerías de la nueva gente. Si uno, por el contrario, sacaba partido de humor de aquella jaula de leones y hacía alguna gracia con cuanto allí pasaba, caía de lleno en la presunción de que estaba en contra de la libertad, de la democracia y de otros frutos europeos que había traído el régimen parlamentario.

En aquellas circunstancias uno se preguntaba si era lícito reírse. No estaba claro el sentido que tenía el humor contra las nuevas instituciones, qué interés podía generar el sarcasmo y la ironía cuando el parlamento era una empalizada de cañas, a merced de cualquier rumor de sables, aquel nido de pichones a la sombra de una navaja barbera. Desde el momento de inaugurarse la democracia los humoristas comenzaron a jugar con la figura del caballo de Pavía. Que si viene, que si no viene. Durante cuatro años de transición política ha sido una clave de suspense dentro del humor. Los cronistas acudían al palco de la Prensa en el hemiciclo de las cortes como quien asiste a una función entre circo y corrida de toros y se sentían decepcionados cuando aquello tomaba una rutina de reglamento y no había agarradas, lances chuscos, cabreos y tarascadas en la tribuna. No se sabe si el humor es de derechas o de izquierdas. Lo que está claro es que le favorece al juego a la contra. Pero a estas alturas, cuando Pavía ya ha asomado el rabo y la democracia aún no ha salido de la primera diarrea infantil, todavía persiste la duda de la rentabilidad del humor como forma de socavar las raíces de la política. El humor nace de la sugerencia, del peligro, de la segunda intención de pisar el parque sagrado. Ciertamente cuando la democracia permite que se la ataque de un modo directo está sentenciando a muerte al humorismo. De todas formas, desde unos años a esta parte sobran los humoristas. Desde que ha venido la libertad los más graciosos han sido los políticos. ■ M. V.